

¿QUÉ ES LA INSPIRACIÓN CREATIVA?

Algunos comentarios a “La inspiración y la vocación poética”, texto de Annamaria Barbera publicado en el n° 78 de “La Hoja Verde”, Santiago de Chile, enero-febrero 1998.

A la poetisa y doctora Mirka Arriagada

Es verdad que, como escribe Annamaria Barbera en su artículo “La inspiración y la vocación poética”, “El ser humano está siempre referido a algo que no es él mismo, a un sentido de vida que se cumple en otro ser, trascendiéndose a sí mismo”. Es lo que, desde hace algún tiempo, se ha dado en llamar “la otredad”, “lo otro”. Pero, me parece, por lo que puedo apreciar de la realidad humana en el examen que de ella hago a partir de mi propia experiencia, que, al mismo tiempo que el ser humano se encuentra referido siempre a lo otro y a los otros, también se encuentra referido a sí mismo en la natural autoreflexión, de la que Annamaria escribe más adelante en su artículo. Esta doble relación, el hecho de estar el ser humano referido simultáneamente, por una parte, a lo otro y a los otros, y, por otra, a sí mismo configura una realidad más compleja, en la cual la conciencia del yo individual, desde ella hacia lo otro y desde lo otro hacia ella, se encuentra determinada por el flujo de la existencia diaria, en la conjugación de lo individual, lo social y la relación con la naturaleza y con las cosas. La relación del individuo con lo otro viene a corresponder a la relación sujeto-objeto, la que ocurre gracias a un tercer elemento: el medio que la posibilita, cumpliendo la función de un nexo comunicador. El equilibrio entre la relación del individuo con los demás y su relación consigo mismo (autorreflexividad) no es algo fácil, por lo que el ser humano, desde la remota antigüedad, investigó el modo de lograrlo, al menos, el modo de aproximarse a ese equilibrio. Así, en el siglo XIII antes de la era cristiana, Moisés, inspirado por el Creador Altísimo, enseñó: “Amaras a Dios sobre todas las cosas y al próximo como a ti mismo”, principio básico, explícita o implícitamente, de la ética y de la moral de, al menos, todos los pueblos civilizados de la Tierra, desde que Moisés lo formulara. Ahora bien, si ya el amar a los demás en la misma medida que a sí mismo es algo sumamente difícil, cuánto más no será el amarlos más aún que a sí mismo. Escribe Annamaria: “Cuanto más (el ser humano) se olvida de sí mismo, cuanto

más se entrega a una causa o al amor por los demás, más se realiza, más es él mismo”. Es esta una gran verdad, avalada por grandes y excepcionales ejemplos, muy escasos, pero no inexistentes, en la historia de la humanidad. Ya Jesús, el Mesías, inspirado por Dios, enseñó: “No existe amor más grande que el de aquel que da la vida por sus amigos”. Dar la vida o, bien, consagrarla al servicio de los otros, amigos o no, conocidos o desconocidos, sacrificando los intereses personales, lo que también es un modo de darla, no deja de ser, sin duda, también una expresión y una prueba del más grande amor por los otros. Volviendo al texto de Annamaria, enseguida relaciona ella estrechamente el olvido de sí y el amor por los demás, en la apertura generosa del corazón, con la sensibilidad altruista y con la creatividad científica y artística, según aclara más adelante en su texto. Y es que la creatividad humana, por perseguir, en general, la realización de obras nobles, es una aptitud generosa, y el creador que se consagra a la realización de su obra, concentrándose y esforzándose en ello, a veces por años y aún por toda una vida, situándose él mismo en un segundo plano, pospone así su propio ser por entregar a los demás hombres un noble don, habitualmente con el anhelo y la esperanza naturales de llegar a ser amado, honrado y venerado por ellos.

Respecto de la inspiración creativa, escribe Annamaria Barbera que ésta “es una modalidad de la trascendencia del hombre y, como tal, es una potencialidad latente en todos. No es, entonces, un soplo divino que desde afuera viene a reforzar el trabajo poético ni es un don carismático de seres privilegiados. Es un estado de espíritu, favorable a la creación. (...) Lo creativo no proviene del intelecto o de la emotividad, sino de un subsuelo de la conciencia, donde las sensaciones se entretajan con los pensamientos y las vivencias, dando origen a las intuiciones de la llamada inspiración poética. La experiencia así nombrada es un encantamiento como el amor, ilumina la existencia, desde dentro del hombre, revelando la verdad, su esencia a través de la palabra”. Yo, por mi parte, de acuerdo con la etimología de la palabra “inspiración”, según la cual ésta significa “solpo hacia adentro”, tal como es el caso de la inspiración física, cuando se hace entrar el aire a los pulmones por la nariz o por la boca, pienso que la inspiración creativa es un estímulo o un conjunto de estímulos experienciales que van desde afuera hacia adentro, capaces de despertar en la conciencia de quien los experimenta una respuesta o un conjunto de respuestas que toman la forma de imágenes mentales acompañadas de sentimientos, sensaciones, emociones, ideas, pensamientos, en fin, un conjunto de representaciones que constituyen una vivencia significativa tal, que es capaz, en quien la experimenta, de originar un acto de creación, ya sea éste de carácter científico, artístico o ambos a la vez (técnico). Esa vivencia significativa, al mismo tiempo que es una respuesta a los estímulos que la generan, provenientes del exterior, es también, a la vez, el

estímulo que genera la respuesta del acto de creación. Ahora bien, la mayor parte de los estímulos que actúan sobre la mente — pues existen también los que proceden del propio organismo individual (estímulos cenestésicos) — provienen del mundo exterior, del ambiente social, natural, objetivo y extraindividual, es decir, de la otredad. Esos estímulos, en cuanto a la creatividad humana se refiere, tiene, si la tienen, una respuesta que puede ser aproximadamente inmediata, o bien, diferida, aunque comúnmente se combinan ambas posibilidades, dado que un solo estímulo, sumado a contenidos previos de la conciencia, procedentes de estimulaciones anteriores y de sus correspondientes reacciones, pueden producir la respuesta vivencial que origine un acto de creación.

Estoy de acuerdo con la afirmación de Annamaria, ya anotada, según la cual “La inspiración creativa es una modalidad de la trascendencia del hombre, y como tal, es una potencialidad latente en todos”. Pero, ¿qué es la trascendencia del hombre, qué entiende Annamaria por tal cosa?, me pregunto: Para mí, tal trascendencia no consiste sino en la proyección, el reconocimiento y la valoración sociales y públicos de una concepción, de un acto o de una obra humanos tales, que por su grandeza e importancia logran acceder a ese plano de reconocimiento público, plano y esfera que se pueden conceptualizar como de carácter divino o, al menos, como criterio de la entrada y de la pertenencia a la esfera de lo divino, al alcanzar un creador, a causa de la grandeza y nobleza de su obra, la fama y aún la gloria, que conllevan el amor, el respeto, la honra y la veneración generales por él, ya en vida, ya después de su muerte.

Respecto de la afirmación Annamaria, ya citada, según la cual la inspiración creativa y poética “No es, entonces, un soplo divino que desde fuera viene a reforzar el trabajo poético ni es un don carismático de seres privilegiados”..., debo decir que, según lo que ya he expresado más arriba en relación con la etimología — que suele dar la clave de fondo del sentido de las formas expresivas del lenguaje — de la palabra “inspiración”, ésta no denota, en lo sustantivo, otra cosa que, justamente, un soplo, es decir, un “spiros” o espíritu, entendida esta expresión como significando un algo impalpable, sutil, liviano, misterioso y, al mismo tiempo, poderoso, que viene desde fuera hacia dentro de nosotros, capaz de conducir nada menos que a un acto de creación. Este algo impalpable, sutil y a la vez poderoso que, por razones de orden semántico e interpretativo, he denominado provisoriamente “espíritu” no corresponde a otra cosa que al ser sensitivo y activo mismo de todo creador (y, al menos, de todo individuo humano), sujeto de sus propias experiencias de contacto con lo otro, y canal de aquella corriente psíquica que, a partir de ese contacto, fluye desde el mundo exterior hacia su mundo interior, dando lugar a las vivencias, que procesadas y elaboradas por él, lo conducen a concretar una obra

determinada. Ahora bien, la expresión “espíritu” y la expresión “dios”, de la que deriva el adjetivo “divino”, son expresiones sinónimas, es decir, significan lo mismo. Por esto, para no caer en tautología, interpreto la expresión “soplo divino” como “influencia procedente de una esfera elevada” (divina), o como “influencia procedente de la esfera más elevada” (la del Dios supremo).

Al describir yo el hecho de la inspiración creativa como un juego de estímulos que, proceden del mundo exterior, actúan sobre la mente del creador produciendo en ella la respuesta del acto de crear, pudiera parecer que, bajo el modelo psicológico de la reflexología pavloviana, intentara yo reducir la magia de la inspiración y del proceso creativos a un escueto y simple juego mecánico de estímulos y respuestas. Nada más lejos de mi propósito, puesto que si una obra científica o una de arte son cosas elevadas y nobles, muchas veces de unos muy alto valor y trascendencia, la causa inmediata que las produce, a saber, la acción y el trabajo de su creador, debe ser, necesariamente, de mayor envergadura que ellas, por cuanto toda causa es siempre mayor que su efecto. Por la misma razón, el mundo exterior al creador, fuente de los estímulos que lo conducen al proceso creativo, ha de ser necesariamente, también, por su parte, mayor que el creador mismo. Y ese vasto mundo exterior al individuo que crea, formado por el ambiente social, por la naturaleza terrestre y por el Universo mismo, es, a su vez, sólo el efecto de una causa última y primera, mayor que toda otra existencia, Causa Viviente, inmensa e infinita, que no es cognoscible directamente, sino tan solo por sus efectos y manifestaciones sensibles e inteligibles. No en vano enseñó un profeta: “Los Cielos y la Tierra cantan la gloria del Señor”. Y Mahoma, el Sello de los Profetas, a quién Dios el Altísimo reveló el sagrado Corán, enseñó por medio de éste: “Dios es el mejor de los creadores”. Ahora bien, según la ley causal, en la cadena o sucesión de causas y efectos del orden causal, Dios el Creador es la Causa Primera y Última, y todas las demás causas, que lo son sólo en relación con sus efectos subsecuentes, son, en relación con la Causa Primera y Última, esto es, con el Creador Altísimo, solamente efectos suyos, manifestaciones de su omnipotencia. Así, entonces, en última instancia, cuando un cientista, un artista o un técnico crea una obra de noble factura y calidad, no es él quien crea, sino Dios quien, desde lo alto, crea en él y por medio de él.

Por las razones anteriormente expuestas, sostengo, contrariamente a Annamaría Barbera, que la inspiración creativa y poética no es otra cosa que, realmente y siempre, un verdadero “soplo divino”, a menos que se trate de una creación perversa, en cuyo caso la inspiración sería un “soplo satánico”, aunque también, en realidad, divino, puesto que Satán, el Maligno, es un espíritu, un dios, pero con signo negativo. Ahora, prosigamos el estudio del tema en su carácter normal y positivo. Si un ser

humano, quienquiera que sea, es tocado por el soplo divino de la inspiración creativa, ¿no es, acaso, alguien que recibe, con ello, un don particular, carismático, según la interpretación que ya se ha dado del tema, alguien que goza de un privilegio por el hecho de que ese soplo divino de la inspiración creativa le da acceso a una experiencia nueva, a una visión que ha de concretarse en el don de una obra noble? Yo respondo afirmativamente a esta pregunta, con lo que rescato, también, la verdad de la afirmación de aquellos poetas a los que Annamaria se refiere en su artículo cuando escribe: “Muchos poetas hablan de ella (de la inspiración) como de la puerta a un espacio nuevo, inusual, al interior del alma”. Ese espacio nuevo e inusual, esa nueva experiencia y esa nueva visión del mundo se proyectan y se concretan en la obra de creación, que los hace visibles a los demás hombres. Ahora bien, com, estadísticamente, en el conjunto de los hechos, es cierto que “muchos son los llamados y pocos los elegidos”, no siempre, sino excepcionalmente, la inspiración creativa conduce a la creación de una obra maestra. Pues, aunque, subjetivamente, las visiones e imágenes que la inspiración es capaz de despertar en la mente de un creador sean extraordinarias, fantásticas, nobles y aún sublimes, no siempre son elaboradas por él en la forma más feliz. La inspiración creativa no existe por sí sola, flotando vaga e indeterminada en el éter o en el aire, sino que proviene siempre de una fuente, de un emisor. Esa fuente puede ser la naturaleza, el ser humano, el amor, una obra de arte, un texto, etc. Y esa fuente, ese emisor, para que la inspiración se cumpla, necesita de un receptor, que no es otro que el creador mismo, quien, a partir de la experiencia de recepción de la inspiración, ha de elaborar y producir su obra. Debo dejar en claro, desde luego, que, como todo ser vivo, un creador posee su natural reactividad frente a los estímulos que recibe y procesa. Y, en esa medida, el creador mismo viene a ser una segunda fuente de su propia inspiración, pero una fuente subsidiaria, al fin, puesto que no podría operar sin los estímulos provenientes del exterior de su conciencia.

Escribe también Annamaria respecto de la inspiración, como ya he anotado: “Es un estado del espíritu, favorable a la creación”. Sin duda, es así, pero es preciso recordar que ese estado del espíritu, favorable a la creación, es producto de un conjunto de estímulos que determinan las imágenes y visiones que invaden la conciencia receptiva del creador, despertando en ella ese estado de predisposición a la creación. Se trata de un estado mental de receptividad y, al mismo tiempo, de actividad asociativa de ideas e imágenes, estado mental que corresponde, lógicamente, a quien experimenta los estímulos que pueden conducirlo al acto de crear. Esta descripción coincide muy exactamente con la definición de Federico García Lorca, citada por Annamaria Barbera, algo más adelante, en su texto: “El estado de inspiración es un estado recogimiento,

pero no de dinamismo creador. Hay que reposar la visión del concepto para que se clarifique. Se vuelve de la inspiración como se vuelve de un país extranjero. El poema es la narración del viaje. La inspiración de la imagen, pero no el vestido”. En realidad, el proceso de la inspiración creativa corresponde exactamente al proceso lógico de la inducción, que, al operar por acumulación de datos, conduce, al fin, a la formación de un cuadro global y a la formulación de un principio general. Esta descripción corresponde exactamente, también, a un aspecto de la concepción materialista dialéctica del Universo, aspecto según el cual, por acumulación cuantitativa de elementos de un proceso determinado, se produce, en cierto momento, un cambio cualitativo. Habitualmente, muchos datos permanecen guardados por largo tiempo en el archivo mnémico de un creador, faltando sólo algunos, o, a veces, tan sólo uno, para completar una cierta visión o concepción. Cuando esos datos llegan a la conciencia del creador, completando así su cuadro mental (tesis de la teoría psicológica de la Gestalt), se puede y se suele hablar de inspiración, especialmente en el sentido de una inspiración feliz, a partir de la cual es posible dar término a una obra.

El intelecto y la emotividad, aunque no son ellos la fuente de la inspiración — cosa que afirma Annamaria con parecidas palabras —, intervienen siempre en el proceso creativo que parte de ella, es decir, de la inspiración. Lo creativo proviene, según las palabras de Annamaria, “de un subsuelo de la conciencia, donde las sensaciones se entretajan con los pensamientos y las vivencias, dando origen a las intuiciones de la llamada inspiración poética”. Pero, ese subsuelo de la conciencia ¿no se debe identificar, acaso, con el subconsciente definido por la psicología de Freud? Pues, poco más adelante en su texto, Annamaria afirma: “Se ha hablado mucho de que en la creatividad existiría una “fase de incubación”, algo así como un proceso que precede a la creación y que transcurriría a nivel inconsciente”. Ahora bien, de lo inconsciente a lo subconsciente no hay más que un paso y, además, ambas instancias tienen en común el hecho de encontrarse en zonas de profundidad o, si se quiere, de oscuridad mayores que las de la clara y plena conciencia vigilante. Ambas instancias se encuentran, por así decirlo, bajo (sub) la conciencia, con la diferencia de que lo subconsciente corresponde, en general, a lo semi consciente, mientras que lo inconsciente corresponde, más bien, a lo no consciente. Aquí cabe la pregunta: ¿tiene el inconsciente, o lo inconsciente, su propia “conciencia”, independiente de la conciencia de vigilia, despierta y clara de cada sujeto individual; o bien sus contenidos, de orden fisiológico, sólo pueden ser conocidos por la conciencia clara y plena al enfocar ésta su “luz” sobre ellos, a través de la instancia del subconsciente, por medio de ciertas experiencias como la ensoñación, los sueños, el sueño dirigido, el psicoanálisis y otras formas y

métodos de introspección? Es posible. Una de esas formas y modos de introspección es, en grado variable, el proceso de la creación, impelido por el motor de la inspiración, que muy a menudo se inicia en la instancia del subconsciente, para emerger en la conciencia bajo la forma de visiones e intuiciones que la invaden y que abren a quien las experimenta una zona especial y particular de la realidad, muchas veces encantadora y luminosa como el amor, capaz de develar a l hombre la verdad de su esencia, especialmente cuando tales visiones e intuiciones son articuladas y comunicadas por medio de la palabra, según lo que, con casi idéntico modo de expresarse, afirma Annamaría Barbera en un pasaje de su texto, ya anotado por mí. EL encantamiento y la luminosidad de las visiones e intuiciones que constituyen el nudo y la esencia de la inspiración creativa, a la vez que una vivencia poderosa, capaz de conducir, a partir de ella, a la creación de una obra determinada, ¿no son, acaso, el resplandor de la divina chispa de la inspiración, por acción de la cual “el artista es poseído, cogido por una realidad que lo trasciende, ya que desborda la conciencia racional del yo”? Palabras de Annamaría, estas últimas, con las que estoy en pleno acuerdo. En concordancia con la reciente cita, como es lógico, se encuentra el concepto que Annamaría Barbera tiene de la poesía, expresado por ella en los siguientes términos: “... De ahí que no cualquiera exteriorización de un sentimiento sea poesía. La poesía surge cuando se liberan las palabras de su prisión denotativa y permiten que la intuición se sobreponga a la comprensión y la imaginación trascienda el concepto. Entendemos por “denotación” la función informativa del lenguaje, con uso de términos unívocos que muestran de un modo preciso lo que se quiere decir: La poesía se nutre de otra función, la connotativa, en la cual las significaciones del texto van más allá del sentido propio y literal de las palabras. Nos permite aprehender lo que escapa a nuestra capacidad conceptual, nos acerca a lo que apenas se vislumbra. El valor connotativo de las imágenes poéticas trasciende el sentido de las palabras, las libera de su prisión denotativa y permite así dar una mayor densidad significativa al lenguaje. O sea, la poesía nota y connota, dice algo, pero también alude a esa atmósfera simbólica que es la última realidad de las cosas”. La idea expuesta por Annamaría Barbera, en la cita anterior, acerca de lo que son la poesía y sus modos de expresión me parece muy justa y acertada. Porque la poesía, por medio de las palabras, traza pinceladas y rasgos que, sin tocarlos directamente, aluden, corriendo el velo que las cubre y despertándolas, a las experiencias y vivencias primordiales del ser, a esa última realidad de las cosas, de las que habla Annamaría. Sin embargo, esa última realidad de las cosas no es, para mí, exactamente, la atmósfera simbólica constituida por el poema, sino, más aún y precisamente, aquello innombrable e inexpresable a lo cual los símbolos del lenguaje poético nos acercan, haciéndonos entreverlo sin tocarlo.

Inmediatamente después, en siguiente párrafo de su artículo, Annamaria Barbera cita al filósofo existencialista alemán Martin Heidegger, según quien “ la poesía es el “fundament del ser”, que por medio de las palabras, revela la esencia, desoculta el “ser como lo que es” (Seiendess), lo ilumina, lo hace inteligibl”. Luego, a párrafo seguido, Annamaria escribe: “La poesía es fundamento porque mediante la palabra genera un mundo, inserta la verdad del ser y esta verdad consiste en revelarnos que el hombre es una existencia, porque se está haciendo a sí mismo en un proyecto continuo”. A mi juicio, no es ni puede ser la poesía el fundamento del Ser, sino, al contrario, el Ser, que es, por sí, el fundamento de todas las cosas, es también, por eso, el fundamento de la poesía. Porque el Ser no tiene ni puede tener otro fundamento más que él mismo, causa y principio eternos e inmovibles de toda existencia. La poesía, por noble y elevada que pueda ser, no es otra cosa que un vehículo por medio del cual el Ser se manifiesta, dándose a conocer a quien lo pueda percibir por medio de esa manifestación suya. La poesía, como cualesquiera otras manifestaciones del Ser, es un comunicador que, mediante las imágenes, formas y modos del lenguaje que le es propio, nos da noticias de la realidad y de la existencia del Ser, que también en nosotros habita. Por eso, es el mismo Ser quien, por medio del vehículo de las palabras, como también de otros vehículos, devela su esencia, esto es, su condición de Ser o, si se quiere, su entidad, su “Ser como lo que es” (Seiendess), iluminándola y haciéndola inteligible. Es lo que ocurre, particular y especialmente, en el más alto grado — y, por tanto, en mayor grado que en la poesía —, en la palabra profética. Así, pues, no es la poesía, sino el Ser quien, por medio de ella en particular, y en general por medio de todas sus otras virtudes creativas, genera un mundo e inserta en él su verdad.

Ahora bien, la existencia del hombre es dinámica, porque éste se mueve y trabaja siempre haciéndose a sí mismo en un proyecto continuo, como escribe Annamaria. Pero, ese proyecto no es otro que el de un camino hacia la trascendencia, es decir, un camino de gradual ascensión hacia la luz del conocimiento del Ser, tanto en sí mismo, como en la propia vida y existencia del hombre.

Respecto de la vocación, ya se trate de la vocación creativa en las ciencias y en las artes, ya se trate de la vocación en cualesquiera otros campos del quehacer humano, me parece que Annamaria la define con sencillez, claridad y certeza, haciendo afirmaciones muy exactas con las que, en general, me encuentro totalmente de acuerdo. Sin embargo, hay un punto que me parece insuficientemente claro, cuando Annamaria escribe: “El ser humano no está determinado por su instinto de placer, como sostenía Freud, ni por la voluntad del poder o significado, como postulaba Adler. El

hombre es el único ser que puede mirar y realizar su vida, encontrando el sentido de ella en su trascendencia”. Quiero hacer ver, frente a la anterior afirmación de Annamaría, que el ser humano, como todo ser viviente, está determinado por sus necesidades, dejando en claro que las necesidades del hombre son más complejas y elevadas que las de cualquier otro ser vivo. Así, en relación con el contenido de la cita aquí comentada, debo recordar que el hombre, como los demás seres pertenecientes al reino animal, necesita evitar y superar el dolor, razón por la cual busca, conscientemente, el acceso al placer normal de una vida saludable. El hombre necesita conocerse y comprenderse a sí mismo y conocer y comprender el mundo que lo rodea para orientarse en él y, así, mejorar las condiciones de su existencia. Por eso, lo que constituye una intrínseca necesidad suya, busca el sentido y el significado de su vida y de las cosas y los hechos del mundo (la búsqueda del sentido y del significado de la vida es postulada también, como criterio central,, psicoterapéutico y existencial, por Viktor Frankl, psiquiatra de la Escuela de Viena). El hombre, para vivir, sobrevivir y ejercer en el mundo la hegemonía que siempre ha ejercido sobre los otros seres y sobre las cosas, necesitó y necesita desarrollar las capacidades y poderes que se lo permitan. No en vano la ciencia ha dado al hombre la denominación de Homo Sapiens, pues éste, por la adquisición del conocimiento, es decir, de la ciencia o saber, ocupa la posición preeminente en el reino de la naturaleza. El saber, que implica el conocimiento del sentido y del significado de los hechos y de las cosas, procura también, con ello, el poder y el dominio sobre buena parte del entorno natural. Pero, al fin de cuentas, todas estas instancias, como el placer, el sentido y el significado, el poder y el mismo saber o ciencia, no son ni deben ser para el hombre fines en sí mismos, sino tan solo una cadena de medios conducentes a alcanzar fines más altos: los primordiales y auténticos fines del hombre. Y estos fines primordiales y auténticos — y aquí estoy de acuerdo con Annamaría — son fines trascendentes o trascendentales.. Pero, ¿cuáles son estos fines trascendentales del hombre? Porque no se trata de trascender por trascender, sino por alcanzar algo en lo cual el hombre realice plenamente su vida y su ser, esto es, por alcanzar la felicidad. Con esto, creo poder afirmar con seguridad que el sentido de la vida humana, en última instancia, está en la búsqueda de la felicidad, en otras palabras, en el intento cabal y serio, tenaz y sostenido de trascender a la dicha duradera y permanente, aquí, sobre la faz de la Tierra.

Selim Kartal

Santiago de Chile, agosto de 2000 E. C.